

No quiero entrar en la ideología subyacente en no pocos de los redactores. Valga lo dicho en mis críticas al libro de Manent y a otro mucho más sectario de Ragner, publicadas ambas en *Verbo*.

Diré, finalmente, que todas las rectificaciones que apunto las he comprobado en otros textos, salvo las tan evidentes como Alba de Torres u otras similares. Cabe que en algún caso esas referencias me hayan llevado a mí a algún error. Espero que sean mínimos, si alguno hay.

¿Cabe deducir, por todo lo expuesto, que el Diccionario es una obra inútil? Pues, no. Pero, evidentemente, es manifiestamente mejorable.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

Mario Antonio Zinny: PREGÚNTALE A TU ABUELO (*)

Fue Elías de Tejada quien nos recuerda que el primero en presentar su obra en forma de diálogos fue Platón, en un intento de "*mostrar las cosas más elevadas y las verdades más sublimes partiendo de conocimientos vulgares al alcance de todas las inteligencias*". Platón, al utilizar esta metodología, quería "*demonstrar la sencillez de la dialéctica y su capacidad para alcanzar cimas de sublimidad*". No es por ello de extrañar que nuestro autor, Mario Antonio Zinny, haya escogido este método de exposición para presentarnos un libro breve y sencillo en el que nos quiere presentar sus opiniones y recuerdos sobre diversos aspectos de la vida social, política y económica de la Argentina contemporánea; para ello el autor plantea el desarrollo del mismo a través de una conversación que un inquieto nieto, ávido de conocer diversos aspectos del pasado y el presente de su Patria, mantiene con su abuelo, persona a la que respeta y venera.

(*) Editorial Dunker, Buenos Aires, 2004, 146 págs.

No me resisto, antes de pasar a comentar el presente libro (breve, pero sin duda sumamente interesante) a presentar —aunque sea con unas breves líneas— a Mario Antonio Zinny, un reputado notario argentino, miembro de número de la Academia Nacional del Notariado, del Instituto de Ciencias Jurídicas y Sociales de Santa Fe, y correspondiente de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. Autor de innumerables libros jurídicos y, a pesar de ello, mercedor de destacados premios literarios, entre ellos el Premio José Pedroni, concedido en 1970 por un libro de poemas. Seguramente es mucho más lo que se podría decir de nuestro autor, pero tal vez lo más importante se desprenda del mismo título del libro: *Pregúntale a tu abuelo*. Mario Antonio Zinny es precisamente eso: un abuelo; pero no un simple abuelo, sino un abuelo que desea intervenir activamente en la educación y formación de su nieto, un abuelo conocedor —tal vez por los años y la experiencia— del mundo que le rodea, de ese mundo que levanta verdades a medias, que inventa grandes falsedades, que trata de asentarse sobre enormes engaños históricos, y que alejado de la Fe de sus mayores trata de sustituirla con falsos ídolos; de ese mundo que sólo le interesa crear alienígenas absortos en banalidades. Ante este panorama, es evidente que este abuelo, ante las preguntas que su nieto le plantea, aproveche para tratar de transmitir una realidad diferente a la conocida por aquél.

Los primeros capítulos de esta obra están dedicados a la juventud, a la juventud de ayer y de hoy, a ese mundo universitario que por no tener ya no tiene ni ídolos en los que creer, salvo en el mero materialismo. El abuelo le describe la juventud actual como una generación que vive en otro mundo... un mundo y una edad dorada de pura diversión sin obligaciones, con universidades y colegios que les enseñan poco y mal, y que todo lo admiten, incluso aquellos que no guardan la más mínima compostura social. Una juventud compuesta por grandes consumidores que rehuye cualquier tipo de compromiso, sea del tipo que sea. Una juventud sin criterio propio y que se deja manipular, y no sólo por los mensajes subliminales.

La opinión sobre el mundo universitario y sus circunstancias es si cabe aun más crítico. Mario Antonio Zinny crítica esa políti-

ca de excesiva especialización que ha invadido nuestras aulas, donde las materias suelen estudiarse como si ocuparan compartimentos estancos y como si unas materias no tuvieran nada que ver con las demás. Pero ante la pregunta del nieto de si hace falta más práctica, la respuesta es tajante. *"No. Les falta, más que nada teoría: una base sólida de conocimientos, conocimientos generales, sobre todo, para que la práctica les sirva de algo. Y eso es lo que no se les enseña. En su lugar se les empacha con programas elefantiásicos, que sólo de memoria es posible retener... Y qué absurdo resulta pretender que en cuatro o cinco meses un chico estudie al mismo tiempo todas, absolutamente todas las bolillas de esos programas que comprenden, por ejemplo, los contratos, los derechos reales, las obligaciones, las sucesiones o las sociedades, pero no analizados en sus aspectos generales como para dotar al alumno de una base... sino estudiados de manera exhaustiva, pretendiendo a veces que resuelva de entrada el más rebuscado y atípico de los casos"*. El abuelo apuesta por reducir esos programas y por una educación más global y humanista: *"Hay que reducir a lo fundamental el contenido de las materias, complementándolo con cultura, esto es, con un poco de la historia, la sociología y la filosofía que se les apliquen; y explicarlas a todas el sistema del caso. Casos sencillos... que sirvan para comprender y asentar conocimientos, y no rebuscados, atípicos, que sólo sirven para confundirlos. Y de esa manera los programas pueden reducirse a poco más de la mitad, y será más fácil estudiarlos"*. En este momento la conversación continúa entre abuelo y nieto, por diversos derroteros en los que se discute sobre la necesidad de adquirir los conocimientos generales necesarios para comprender las materias a estudiar y la necesidad de tratar de buscar especialistas, conocimientos teóricos y prácticos, etc.

En el tercer capítulo el nieto se interesa por los agitados años de la violencia política en la Argentina, años que comprendieron dos largas décadas, desde 1959 a 1979, y en los que el pueblo argentino se enfrentó a un conflicto larvado de guerra civil, el cual dividió profundamente a la sociedad argentina, y en el que es difícil encontrar sus orígenes, y difícil de adivinar, aun, sus consecuencias.

En esta ocasión el abuelo no se mostrará sorprendido ante el interés de su joven nieto por el tema, es más, parece que esperaba que ese tema llegaría a plantearse. Aquellos que, en un contexto diferente al argentino, abandonamos la universidad, al menos como estudiantes, hace algo más de una década, aún recordamos los murales dedicados al Che Guevara o los pasquines respaldando las acciones subversivas de los movimientos guerrilleros de diversos países iberoamericanos, cuando no los carteles de apoyo a los presos de ETA, GRAPO y demás bandas criminales de similares características. No es de extrañar, pues, que un joven argentino que entre en la Universidad y se encuentre con una situación similar a la que muchos hemos vivido, acrecentada aún más si cabe por los recientes hechos históricos de aquél país hermano, sienta una cierta curiosidad por el tema.

El abuelo comienza sus explicaciones aclarándole que la violencia es tan vieja como el mundo, y que la misma ha sido exaltada por Nietzsche, quien la describía como "*el gran estimulante de la vida histórica*"; por Marx, el cual hablaba de ella como "*la partera de un nuevo mundo*"; por Lenin, quien la consideraba "*un paso inevitable*" en el proceso revolucionario; por Spengler, para quien la violencia era "*el antídoto de la decadencia*", o Sorel, quien la ve "*como la gimnasia callejera que restaurará la juventud social*". Cabría decir que todos ellos —al igual que muchos otros que no son citados en esa breve referencia— sirvieron de soporte intelectual para justificar y exaltar la violencia política como un elemento innato y necesario a la misma; pero era evidente que el joven estudiante no estaba interesado en una clase teórica sobre el pensamiento de Georges Sorel y su libro *Reflexiones sobre la violencia* y que, por el contrario, sí en conocer los antecedentes y la evolución de la violencia desencadenada en Argentina en las últimas décadas.

Sería en la primavera de 1959, cuando un grupo de hombres de los comandos de la resistencia peronista, que actuaban en la zona noroeste del país, decidieron encarar la primera experiencia de guerrilla rural de la Argentina contemporánea. De ahí que sea esa la fecha elegida por el abuelo para centrar su breve, pero interesante repaso histórico. Durante ese año y el siguiente, va-

rios grupos de militantes peronistas intentaron instalarse y mantener una guerrilla en la zona boscosa de Tucumán, en el departamento de Chicligasta, al sur de la provincia, se trataba del Ejército de Liberación Nacional-Movimiento Peronista de Liberación, aunque han sido conocidos con aquel otro que les hizo popularmente conocidos: los Uturuncos.

El nombre de Uturuncos procede del sobrenombre de Juan Carlos Díaz, uno de los 22 jóvenes que en la madrugada del 25 de diciembre de 1959 asaltaron la comisaría de Frías, la segunda ciudad en importancia de Santiago del Estero. Detrás del movimiento se encontraba John William Cooke, un joven dirigente peronista, procedente de la juventud radical, más concretamente del movimiento FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) refugiado, por aquel entonces, en la Cuba castrista. El abuelo le aclara que sería el mismísimo Juan Domingo Perón quien desde el exilio había convocado a la resistencia, aunque era evidente que desde la vereda de enfrente las acciones del general Pedro Eugenio Aramburu y del Almirante Isaac Francisco Rojas, tras la llamada Revolución Libertadora, habrían avivado el fuego con las restricciones, cuando no —se podía añadir— de la represión al movimiento peronista.

Pero la violencia política escapa a la situación interna de Argentina, y a la situación de semiclandestinidad del peronismo y el abuelo no duda en enmarcar la misma en el panorama global del continente americano, para lo que cree necesario referirse a un hecho de gran trascendencia política, la Conferencia Tricontinental de La Habana, de donde saldría la llamada Organización Latinoamericana de Solidaridad, que presidida por Salvador Allende, establecía *"Que para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario"*. Es evidente que la Cuba castrista alentó, promocionó y respaldó a cuanto movimiento de izquierda (nacional o marxista) surgía en el continente.

Uno de los hechos más sobresalientes de lo que se puede considerar como un primer período histórico (1959-1969) de la violencia política argentina, y con el cual se cerraría el mismo,

sería el llamado "Cordobazo". Sin entrar en detalles, cabría decir que tal acontecimiento se producía cuando el movimiento obrero de Córdoba resuelve un paro general de las actividades laborales de 37 horas a partir de las 11 horas del 29 de mayo de 1969; el paro debía ir acompañado de concentraciones públicas de protesta. Los estudiantes peronistas acordaron respaldar las resoluciones tomadas por la Confederación General de Trabajadores (el sindicato peronista por excelencia). Para el día fijado columnas de miles de trabajadores intentan tomar la ciudad, intento que tratan de impedir las fuerzas de orden público, el enfrentamiento se hace inevitable, y la jornada se cierra con decenas de muertos, varios cientos de heridos y millones de pérdidas económicas. Ahora bien, lo curioso del caso es cómo diarios y agencias de comunicación internacionales difundieron la noticia horas antes de que acontecieran los sucesos narrados aquí de forma escueta. El gobierno de Juan Carlos Onganía (1966-1970) fue duro en la represalia; pero: ¿se buscaba esa actuación policial? Los peronistas responsabilizaron de esa actuación al general Aramburu, con el que ya tenían viejas cuentas pendientes, como los fusilamientos del general Juan José del Valle y otros responsables del levantamiento peronista de 1956; un año después de los hechos sería "ejecutado" por los "Montoneros". Un mes más tarde un grupo de este nuevo movimiento guerrillero ocupaba la localidad cordobesa de La Calera. En fechas cercanas a este hecho otro toma la localidad de Garín, distante unos cuarenta kilómetros de la Capital Federal, aunque en esta ocasión la acción es atribuida a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). La violencia ya no es cosa únicamente de los peronistas de la llamada izquierda nacional y junto a ellos actúan otras organizaciones guerrilleras de distinta tendencia, tales como el trotskista Ejército Revolucionario del Pueblo o el Movimiento Nacionalista "Tacuara", el cual evolucionaría desde un catolicismo militante inicial a un nacionalismo pro-peronista y violentista, lo cual provocaría la salida de una buena parte de sus inspiradores, entre ellos el padre Julio Menvielle, que rechazaban ambas opciones.

El regreso de Perón no tranquilizó los ánimos ni apaciguó a los extremistas de izquierda y derecha. Los Montoneros llegaron

a enfrentarse a Perón, y tras su muerte las diferencias y enfrentamientos entre los diversos sectores del peronismo se incrementaron hasta el punto que se hacía necesario una salida urgente y perentoria: el golpe de Estado de marzo de 1976. Se instaura una Junta Militar presidida por Jorge R. Videla, Emilio E. Massera y Orlando R. Agosti, se abre así paso a un período histórico de la nación argentina conocido como "el proceso". En el camino quedaban las vidas de multitud de argentinos, entre ellos la de los destacados pensadores tradicionalistas Jordán Bruno Genta, asesinado el 27 de octubre de 1974 por un comando terrorista del FRP, y la de inolvidable colaborador de estas páginas Carlos Saccheri.

Llegado este punto el abuelo hace un alto en su exposición y recuerda a su nieto que el golpe era esperado por gran parte de la población, entre ellos son destacados los respaldos de connotados intelectuales como Jorge Luis Borges, Horacio Esteban Ratti, Ernesto Sábato, o el de la Unión Cívica Radical, a los cuales habría que incluir otros como —curiosamente— el del llamado Partido Socialista de los Trabajadores (organización política de tendencia troskista).

Sobre este respaldo —y ante la más que posible sorpresa del nieto— el abuelo da lectura a viejos recortes de prensa, como aquel en el que Sábato explicaría su posición: *"La inmensa mayoría de los argentinos rogaba casi por favor que las Fuerzas Armadas tomaran el poder. Todos nosotros deseábamos que se terminara ese vergonzoso gobierno de mafiosos... el desorden general, el crimen y el desastre económico eran tan grandes que los nuevos mandatarios no alcanzaban ya a superarlos con los medios de un Estado de derecho... los crímenes de la extrema izquierda eran respondidos con salvajes atentados de represalia de la extrema derecha. Los extremistas de izquierda habían llevado acabo los más infames secuestros y los crímenes monstruosos más repugnantes"*.

Pese a todo, la guerrilla continuó actuando y en 1976 llegó a contabilizarse más de trescientos atentados, pero los mismos se redujeron drásticamente para 1977, año en el que sólo se produjeron solamente 82 atentados, para pasar en 1978 a 35 y a 5 en 1979. Para esa fecha parecía que el triunfo de las fuerzas del orden sobre la violencia era absoluta.

Puede que esto no signifique la violación de eso que se ha dado en llamar "derechos humanos", y desde luego no es un tema a tratar entre el abuelo y su nieto, pero los antecedentes aquí vertidos servirán al lector para comprender que la Argentina de aquellos años estaba abocada a la Guerra Civil. Son reveladoras las palabras de algún jefe guerrillero (Miguel Ángel Bonasso), quien recuerda: "*Hicimos cosas monstruosas que tenemos que discutir*". Aunque en un arrebato de cinismo asegura: "*cometimos algunos errores... en lugar de matar a Rucci tendríamos que haber matado a López Rega*", como si el hecho de arrebatar una vida humana, aunque ésta fuera la de "*el brujo*" justificase un acto de tal naturaleza.

La última parte de este libro está dedicada a analizar la crisis económica por la que atraviesa la Argentina. Ante la pregunta del nieto de "*¿por qué nos ha ido tan mal?*", la respuesta del abuelo es corta, clara y tajante: "*Nos ha ido tal mal, entre otras cosas, porque el Estado ha verido gastando más de lo que recauda*". Emisión de moneda sin respaldo, inflación y corrupción serían las principales causas.

En el análisis que Mario Antonio Zinny realiza ante su nieto sobre estas cuestiones acude a las predicciones que sobre los problemas que acarrearía una excesiva inflación le realizara nuestro querido director Juan Vallet de Goytisolo en un viaje que éste realizara a comienzos de la década de los setenta a la Argentina y en el cual le habría asegurado que si la Argentina no era capaz de salir rápido de la inflación tendría en muy poco tiempo el privilegio de convertirse en uno de los pueblos más corruptos de la historia, porque pocas cosas "*generan más inmoralidad e injusticia que una inflación prolongada*". La inflación generaría especulación, desigualdad, envidia y odiosidades; además de convertirse en un serio obstáculo a las reuniones económicas y políticas de carácter internacional o la desaparición de la clase media.

Por su parte el autor de este pequeño opúsculo también acude a las reflexiones de un escritor peronista de izquierdas, Juan José Sebrelli, quien en uno de sus últimos libros, *Critica de las ideas políticas argentinas*, éxito editorial y ampliamente comentado en diversos medios académicos, comienza por describir que una

Argentina que en los inicios del primer gobierno de Perón tendría una gran prosperidad económica, gracias entre otras cosas a las divisas acumuladas durante la II Guerra Mundial y la industrialización realizada durante la década del 30, a comienzos del tercer milenio acarrea una deuda externa de 140.000 millones de dólares, en un Estado que es incapaz de reducir los salarios de sus más de 270.000 asesores, y ello sin contar los miles de cargos públicos que la estructura federal del Estado reclama.

Mario Antonio Zinny no cae en el error de culpar a un gobernante concreto ni las causas de esa crisis, ni los efectos de la misma, unos y otros han llevado al país a la situación en la que se encuentra. La causa: falta de un proyecto nacional. Un nuevo presidente dedica más tiempo en tratar de desmontar los logros del anterior que en reparar los errores del mismo.

Sin querer alargar más los comentarios sobre este breve opúsculo, tan sólo basta por decir que se trata de un libro entrañable en cuanto su planteamiento, con acertadas reflexiones en sus comentarios sobre la juventud y su educación, y un interesante acercamiento a dos de los problemas que han marcado la reciente historia de Argentina: la violencia política y la crisis económica. Sin duda un libro que deberían leer los jóvenes argentinos, para encontrar en él algunas de esas interrogantes que se planteaba ese joven nieto que acudía en busca de respuestas ante su anciano abuelo.

JOSÉ DÍAZ NIEVA

**Sta. M.^a Faustina Kowalska: DIARIO
LA DIVINA MISERICORDIA EN MI ALMA (*)**

La vida de la santa polaca autora del *Diario* se desarrolla entre 1905 y 1938, pasando los últimos 12 años de su vida en el convento. Esta Santa, contemporánea de Juan Pablo II, fue cano-

(*) Ediciones Levántate, Granada, 2003, 697 págs.